

CONTRADICCIONES DE LA GLOBALIZACIÓN: MIGRACIONES Y CONVIVENCIA INTERÉTNICA TRAS EL 11 DE SEPTIEMBRE

LUIS V. ABAD MÁRQUEZ*

El artículo examina la relación entre los actuales procesos de globalización, la intensificación de los flujos migratorios internacionales y los problemas de convivencia interétnica con las minorías inmigrantes en Europa, en particular, en relación con inmigrantes de credo islámico, tras los atentados del 11 de septiembre. En nuestros días, las migraciones internacionales pueden ser vistas como la imagen deformada de las contradicciones que caracterizan una globalización que, por una parte, ahonda la división y la exclusión y, por otra, retira la regulación política en unos mercados mientras introduce más política restrictiva en otros. Estas contradicciones, lejos de detener los flujos migratorios, los está incentivando.

Se examinan también los límites y las posibilidades de algunos de los modelos de convivencia interétnica más debatidos en la actualidad, en particular la multiculturalidad y la interculturalidad. Frente al clima de sospecha generalizada hacia los inmigrantes de credo islámico, se propone un esfuerzo de aproximación y conocimiento mutuo, que derribe barreras y tópicos, analice los verdaderos orígenes de las ex-

* Universidad Complutense de Madrid.

presiones más violentas del islamismo y, a través de un diálogo intercultural, logre construir un marco de valores y referentes universalmente aceptados, sobre los que pueda basarse una convivencia práctica fecunda.

The article examines the relationship between the present globalization process, the intensification of international migratory flows, and the problems arising from the inter-ethnic coexistence with immigrant minorities in Europe, particularly with Islamic immigrants after the September 11th attack. Nowadays international migrations can be seen as the distorted image of those contradictions that distinguish a globalization that, on the one hand, deepens the division and the exclusion and, on the other, removes political regulation from certain markets, while it introduces a more restrictive policy in others. These contradictions, far from stopping migratory flows, is having the effect of increasing them.

It also examines the limits and possibilities of some of the most discussed at present inter-ethnic coexistence models, particularly multicultural and intercultural ones. As contrasted with the atmosphere of general suspicions about Islamic immigrants, an effort of approach and mutual knowledge is proposed, so that barriers and commonplaces can be torn down, the real origins of the most violent expressions of Islamism can be analyzed and, through an intercultural dialogue, a universally accepted frame of values and referents can be built, on which a practical and fruitful coexistence can be founded.

I. LA GLOBALIZACIÓN ELECTIVA Y SUS CONTRADICCIONES

En el panorama actual de las ciencias sociales compar-ten escena de forma recurrente conceptos tales como «globalización», «migraciones», «pluralismo», «multiculturalidad», etc. Resulta oportuno preguntar por qué y qué tipo de relación guardan entre sí. Digámoslo ya de entrada. Si algo está quedando meridianamente claro en nuestros

días, es que *globalización* y *migraciones internacionales* no son dos fenómenos inconexos. Por el contrario, guardan una estrecha relación entre sí y son manifestaciones indisolublemente unidas de una misma tendencia. Naturalmente, los movimientos migratorios no comienzan con la globalización. Son tan antiguos como la especie humana y ni siquiera son estos los tiempos en que se producen con mayor intensidad. Pero es indudable que los actuales movimientos migratorios internacionales no podrían explicarse ni en su intensidad, ni en su composición interna, ni en las direcciones y formas que adquieren sin tener en cuenta el marco global de las relaciones internacionales en que se están produciendo. Es decir sin tener en cuenta la globalización *que de hecho estamos construyendo*.

Son muchos los que cuestionan que vivamos realmente en tiempos de globalización, y prefieren hablar, más bien, de *regionalización*. No les faltan argumentos sólidos, pero no es este el momento de detenernos en esta cuestión. Si admitimos que en verdad existe algo así como la globalización, es preciso comenzar enfatizando que no se trata, en absoluto, de una tendencia necesariamente determinada por la naturaleza de las cosas. Aunque algunos quieran presentarlo de este modo, la globalización no es la versión posmoderna de la «mano invisible» de A. Smith, que se autorregula al margen de la intervención política de los Estados. Por el contrario, *es fruto de decisiones políticas*, no de tendencias naturales incontrolables. Y, como en toda decisión política, la elección de fines y la asignación de recursos no es ni natural, ni neutral. Responde a intereses particulares que van cambiando a lo largo de la historia. Y, como en toda decisión política *compleja*, no está tampoco libre de *contradicciones*.

Dos de estas contradicciones merecen destacarse ahora. La primera es que, en la forma en que se está construyendo, la globalización económica no sólo perpetúa, sino que ahonda las diferencias en el desarrollo entre las regiones y los pueblos. O, dicho en otros términos, que en la forma en que la estamos construyendo, «globalizar» equivale a «frag-

mentar», «dividir» y «excluir». La segunda contradicción es que la aparente dimisión de los Estados en el gobierno político de la globalización no es tampoco casual. Bien al contrario, refleja los intereses de quienes querrían ver la política fuera de algunos mercados, mientras utilizan los instrumentos regulativos de esos mismos Estados para controlar restrictivamente otros mercados. Es decir, que la globalización que estamos construyendo parece caracterizarse por su entusiasmo en abrir libremente fronteras en unos terrenos, al menos con el mismo fervor con que las cierra en otros.

Es precisamente en esta elección de fines, en este verdadero gobierno invisible, donde se manifiesta el rostro y las contradicciones de los actuales procesos de globalización. Mi tesis es que son precisamente las *contradicciones que caracterizan la globalización que de hecho estamos construyendo las que explican, en buena medida, los actuales flujos migratorios*. Podríamos decir que son la **imagen deformada de sus propias contradicciones**. Las migraciones internacionales son, no solo consecuencia de esta globalización contradictoria, sino también su reflejo y su simbolización. «Globalización» y «migraciones» son tendencias que se autoimplican. Tan imposible resulta explicar los actuales flujos migratorios internacionales al margen de los procesos de globalización, como explicar la globalización prescindiendo del movimiento de uno de los factores de producción. En el artículo, pretendemos demostrar esta interrelación entre ambos fenómenos, arrojar alguna luz sobre el nexo que los relaciona así como reflexionar sobre algunos de los problemas de convivencia que la proliferación de minorías culturales inmigrantes (y muy especialmente de inmigrantes musulmanes, tras el 11 de septiembre), está provocando en la conciencia europea.

La respuesta a estas preguntas no es tan sencilla como pudiera parecer a primera vista. Entre otras cosas, porque habría que comenzar por decidir qué queremos decir, en realidad, cuando hablamos de globalización. Si hay un término polisémico, instrumentalizado y manipulado, ese es

el de «globalización». Se está invirtiendo demasiado esfuerzo en utilizar el concepto de globalización como principio explicativo de cualquier cosa, y demasiado poco esfuerzo en precisar su verdadero significado. Lo ha dicho un célebre Nobel de Economía. Cuando algo ignoremos, tampoco es tanto problema: la estrategia consiste en apelar a la globalización. «Globalización... ¡ah, sí! Una maravillosa excusa para muchas cosas», dice R. M. Solow. En términos de Ortega, la globalización se ha convertido en el verdadero «signo de nuestros tiempos».

En primer lugar, es necesario llamar la atención sobre la tentación aparentemente irresistible de reducir la globalización al terreno estrictamente económico. Parece que nos hayamos rendido ya a la aceptación inevitable de que la globalización es, únicamente, un fenómeno de naturaleza económica. Incluso instituciones como la Real Academia de la Lengua (que tantos neologismos ha introducido en la última edición de su *Diccionario*) ha cedido de lleno a este reduccionismo economicista. «Globalización» es una «tendencia de los **mercados** y de las **empresas** a extenderse, alcanzando una dimensión mundial que sobrepasa las fronteras nacionales»¹. Y puesto que «globalizar» remite a «universalizar», la RAE ha acabado aquí su tarea: la globalización es un asunto de «mercados» y de «empresas». Pero la RAE no es la única en definir la globalización en términos de mercado. A decir verdad, simplemente se suma a la corriente más extendida, sobre todo si nos atenemos a la producción científica de los economistas. Entre nosotros, autores como De la Dehesa definen la globalización como «un proceso dinámico de creciente libertad e integración mundial de los mercados de trabajo, bienes, servicios, tecnología y capitales» (De la Dehesa, 2000:17); y en un sentido similar acaban por definirlo también autores como Suarez (2001) y tantos otros. La tentación de reducir la globalización a los aspectos puramente económicos parece, pues, difícil de salvar.

¹ RAE: *Diccionario de la Lengua Española*. 2001. El subrayado es nuestro.

Sin embargo, no es en absoluto irrelevante decidir si la globalización es solamente un asunto de «empresas» y «mercados» o, por el contrario, un proceso en sí mismo multidimensional (es decir, «global») que incluye también dimensiones políticas (como la redefinición de los marcos regulativos de los estados), culturales (como la universalización de valores y pautas de conducta), jurídicas (como la rededificación de los derechos de ciudadanía) y otras. La decisión encierra consecuencias de largo alcance. No habrá que esperar mucho para que una higiénica labor de deconstrucción alumbre términos nuevos que amplíen, precisen e incluso se opongan al de *globalización*. Autores como Beck (1998) ya han iniciado la tarea con distinciones semánticas entre «*globalismo*», «*globalidad*» o «*globalización*» para expresar dimensiones distintas del mismo fenómeno y Robertson (1992) acuñó el neologismo «*glocalización*» para referirse a la dimensión cultural de la globalización, al mismo tiempo «global» y «local».

Los que se oponen a la globalización, solo han podido echar mano de una simple negación. Pero, en sí mismo, «*antiglobalización*» no es un término que merezca ser tenido en cuenta como categoría científica con una carga semántica propia. En el momento de redactar esta líneas parece que en el Foro de Porto Alegre, de febrero de 2002, se están levantando algunas voces proponiendo el abandono del término «*antiglobalización*» para sustituirlo por el de «*globalización solidaria*». Algo hemos ganado, efectivamente, con el cambio. «*Antiglobalización*» es en sí mismo un término no solo perfectamente vacuo, sino también decididamente estúpido. Porque incluso los que suman su lucha a la bandera de la antiglobalización saben perfectamente (o debieran saberlo), que no es la globalización en sí misma, sino *la globalización que estamos construyendo* (la que representa Davos), el verdadero objeto de sus iras, muchas de ellas perfectamente razonables.

Con todo, arriar el banderín de la «*antiglobalización*» para sustituirlo por el de «*globalización solidaria*» tampoco parece un logro eminente. La expresión suma dos tér-

minos de niveles diferentes. Y, puestos a mezclar, por un lado una tendencia estructural (e irreversible) de las sociedades actuales y, por otro, un calificativo situado en el plano de la ética, es decir, puestos a enlazar el «ser» con el «deber-ser» (que tanto molestó a Hume), hubiera sido más razonable apelar a la expresión «globalización justa». Porque también en Davos se viene hablando de la cuota de «solidaridad» necesaria como para permitir que el sistema (injusto) pueda seguir funcionando. También personajes como Greenspan o Soros llaman una y otra vez la atención sobre el hecho de que la extensión de la pobreza hasta límites insoportables es el peor enemigo de una globalización que acumula cada vez más en menos manos. Es preciso llamar la atención sobre el hecho paradójico de que expresiones como «globalización solidaria» aproximan Porto Alegre a Davos mucho más de lo que pudiera parecer a primera vista.

Algunos hemos empleado expresiones como «*globalización asimétrica*» (Abad, 2000). Aunque este tipo de expresiones puedan encerrar una carga paradójica, porque no hay verdadera *globalización* donde hay *asimetría*, al menos tienen la virtud de no mezclar niveles diferentes de discurso, sin dejar de llamar la atención sobre su verdadera naturaleza. Porque esta elección no significa, en modo alguno, renunciar a la posibilidad de introducir el discurso ético en el comportamiento económico o en las relaciones internacionales. Muy al contrario. Por eso, propongo también hablar de «*globalización electiva*». Porque la globalización no es ningún hecho «natural», con una dirección fatalmente necesaria. En cuanto proyecto humano, puede construirse en direcciones diferentes, en función, entre otras cosas, de las relaciones internacionales de poder.

Es en la *elección* de las direcciones alternativas del proceso, donde queda patente la necesidad del *gobierno* de la globalización. Gobernar la globalización es el equivalente a introducir la *política* y, en consecuencia, también la *ética* en las relaciones internacionales. Sólo porque la globalización es *electiva*, es decir, porque podemos elegir las direc-

ciones en que queremos construirla, por lo que podrá ser también, o no, una «globalización justa».

II. GLOBALIZACIÓN O EXCLUSIÓN. ¿HACIA UNA NUEVA CONCIENCIA DE INCLUSIÓN UNIVERSAL?

Porque «*globalización*» es un sustantivo que, necesariamente, hace referencia a «algo» que se globaliza. No es sólo la dimensión geográfica (es «global» lo que es «mundial»), sino el *contenido* de lo que se globaliza lo que importa. Pues bien, cualquiera que sea su naturaleza específica (económica, política, jurídica o cultural) o la forma en que se presente, el contenido de lo que se está globalizando hace referencia siempre a algo *relacional* o *interaccional*. Lo que se globalizan son *relaciones* entre «unidades», ya sean individuos, grupos étnicos, organismos o empresas. La globalización es el proceso de extender, a lo ancho del mundo, *relaciones mutuas* entre unidades. Se globaliza la *interacción* y la *relación*. Y sólo como consecuencia de estas interacciones globalizadas entre unidades, se globalizan después los mercados, las políticas, la justicia o los valores.

En este proceso, las tecnologías de la información se han convertido en el soporte material. La era de la globalización es *eo ipso*, la era de la información (Castells, 1998). Pero son sólo una condición necesaria, no suficiente. Por sí mismas, la tecnologías de la información no determinan la dinámica social. Es más bien su *uso social* lo que las pone al servicio de un *proyecto intencionalmente propuesto*. Los hombres dependemos hoy, como nunca hasta ahora, de máquinas inteligentes. Pero sólo porque nuestra inteligencia (quiero decir, también nuestra ambición) se propone metas que sin ellas no podría conseguir. La globalización es una de esas metas. Como todas las metas humanas, una mezcla variable de inteligencia, ambición e intereses enfrentados.

Sí. Claro que hay algo más que economía en los actuales procesos de globalización. Y lo que hay de nuevo es justamente aquello que está ausente en la definición de la RAE. Primero, que la interacción mundial entre unidades no afecta sólo a «empresas» y «mercados», sino, cada vez más, a todas las dimensiones, terrenos y formas de nuestra vida colectiva. A la economía, desde luego, pero también a la política, al derecho, a la cultura y, en general, a todos los procesos de interacción e intercambio de los hombres y los pueblos entre sí, y de los hombres con la Naturaleza. La globalización es «global» precisamente porque, por primera vez en la historia de la humanidad, *se están abriendo paso en todos los terrenos respuestas adaptativas según procesos y patrones universalmente reconocibles.*

Desde luego que si el sistema financiero en Argentina se encuentra al borde del colapso, son las economías de todo el mundo las que se verán afectadas. Como antes ocurrió con los países del sudeste asiático o con Rusia. La quiebra económica argentina es un reto para todos, no sólo para los argentinos. Y no por algo que tenga que ver, ni de lejos, con un hipotético movimiento de solidaridad internacional. Es por algo tan primario como que la quiebra de su economía tendrá un efecto inmediato en nuestros ahorros. Pero, del mismo modo, que las mujeres afganas se refugien en el *burka*, no puede ser considerado simplemente un «asunto suyo». Y no tanto (o no sólo) por un movimiento espontáneo de solidaridad frente a un símbolo de opresión de las propias mujeres afganas, como por el hecho de que pone en cuestión patrones cada vez más globales de libertad e igualdad entre géneros. El centro del asunto es que la existencia misma del *burka* como símbolo, cualquiera que sea el rincón del mundo en que se imponga, pone en cuestión la posición misma de «todas» las mujeres en el mundo. Es decir, pone en cuestión un proceso «global».

La globalización no es sólo un asunto de «empresas» y «mercados». Es también el surgimiento de un proceso de *conciencia colectiva de inclusión en un marco global de per-*

tenencia, cuyos referentes se están construyendo. Mi identidad étnica sólo puede ser reconocida en la medida en que se refleje en la mirada del «otro». Pero, por primera vez, estamos empezando a atisbar que la construcción de identidades no es un proceso excluyente. Es, cada vez más, un proceso incluyente porque afirmar las diferencias es hoy un modo de incluirlas en un marco global de referentes, dentro de cuyos márgenes resultan tolerables.

A pesar de esfuerzos como los de Bartolomé de las Casas y otros, el siglo XVI afirmó la condición humana de los occidentales a costa de excluir de ella a los indios. Aunque los actuales procesos de globalización económica están excluyendo de hecho a millones de seres humanos de los beneficios materiales del desarrollo económico, existe, al menos, una conciencia de la perversión de este proceso. No hay nadie que ignore que la pobreza, la deforestación o el *burka* no son sólo «asuntos suyos». Incluso si los responsables políticos, o las opiniones públicas, optan por cerrar los ojos y tomar posiciones sólo a corto plazo, en el fondo somos ya muy conscientes de que acabarán afectándonos directamente. Por primera vez en la historia, sabemos que mientras una mujer lleve un *burka impuesto*, todos estaremos afectados, y no solo en el terreno de la conciencia moral o en el de la vulneración de derechos fundamentales. En un mundo como el actual, la existencia impune de «espíritus talibán», no es un asunto local. Por alejados que queramos mantenerlos, acabarán golpeando en el centro. Esta conciencia de inclusión universal es también globalización.

Y en el surgimiento de esta conciencia de inclusión y corresponsabilidad global está jugando un papel esencial no solo la relación de los hombres entre sí, sino también la de los hombres con la Naturaleza. Aunque en la práctica puedan anteponerse los intereses nacionales a corto plazo, como de hecho ocurrió tras la Cumbre de Río o con la postura de EEUU frente al protocolo de Kyoto, es un hecho que, a nivel social, está cuajando cada día con más fuerza una conciencia ecológica según la cual la explotación de

los recursos naturales no puede significar depredación ni expolio, y no puede seguir actuando sobre la hipótesis de su inagotabilidad, ni cruzar el umbral de su sostenibilidad. Los límites del mundo, también del mundo «natural», se hacen cada día más perceptibles para las corrientes de opinión pública. En este sentido, es un hecho que esta nueva conciencia ecológica, que nos hace copartícipes de un entorno natural común, es también una expresión del fenómeno de la globalización.

M. Albrow (1996) ha identificado como uno de los rasgos definitorios de la *modernidad* la forma en que la naturaleza ha sido transformada en *ambiente*. En términos de Albrow esto quiere decir que la naturaleza ha pasado a tener un valor puramente instrumental, convirtiéndola en un simple depósito inagotable de recursos de los que apropiarse. De aquí que haya acabado por neutralizarse la relación emocional del hombre con la naturaleza. Si la *globalización* se contrapone a la *modernidad* deberá ser, justamente, en la medida en que vuelvan a rescatarse los vínculos de los seres humanos con la naturaleza y se renuncie a su consideración instrumental.

Con todo, si hay un punto en el que estamos de acuerdo con la definición que propone la RAE es en la consideración *dinámica* del concepto. La globalización es una «*tendencia*», dice la RAE, un *proceso*, efectivamente. No vivimos en un mundo *globalizado*, sino en un mundo en *proceso creciente de globalización*. Este rasgo es crucial porque nos permite escapar a la tentación de imaginar que las cosas «están ya hechas» o que «nos vienen dadas». Si en verdad existe algo así como la globalización, se trata de un empeño humano en construcción, no de ninguna tendencia «natural» y menos «necesaria» de las cosas. Dicho en otros términos: si hablamos de globalización, podemos hablar de las *direcciones posibles de la globalización que queremos*. No hay en esta tendencia necesidad ni determinación.

Es un proceso pero, además, un proceso *electivo*. La globalización es el fruto de decisiones humanas que eligen direcciones posibles, no de tendencias naturales incontrolla-

bles. Y, como en toda política de elección de fines y asignación de recursos, la elección de los fines no es ni «natural», ni «neutral». No caemos en brazos de los «antiglobalizadores» por certificar que la dirección de la globalización *que de hecho estamos construyendo*, lejos de ser neutral, está siendo construida por unos, en detrimento de otros. Es decir que, al menos de momento, la globalización no sólo perpetúa, sino que ahonda las diferencias en el desarrollo de las regiones y los pueblos.

No quiero decir que la globalización sea la «causa» del incremento de las desigualdades Norte/Sur, pero sí la forma histórica en la que hoy se presenta y el instrumento a través del cual se perpetúa y se ahonda. En los últimos 25 años, el hogar medio africano ha visto caer su capacidad de consumo en un 20 por ciento, mientras que en los países más ricos ha crecido a una tasa anual media del 23 por ciento. En 1998 la renta per cápita del grupo de países más pobres del planeta era de 520 dólares, frente a los 25.510 dólares del grupo de países más ricos (Banco Mundial, 2000). Según el *Informe de Desarrollo Humano* de Naciones Unidas del 99 (PNUD, 1999), la acumulación de riqueza por grupos de personas se está distanciando cada día más. Comparando las rentas del 20 por ciento más rico de la población mundial con el 20 por ciento más pobre, la relación en 1820 era de 3 a 1; en 1960, de 30 a 1 y en 1997, de 74 a 1. Parece un hecho difícilmente rebatible que los procesos de globalización están dualizando las estructuras socioeconómicas internacionales y están consolidando a nivel mundial la sociedad de «*la quinta parte*».

El Banco Mundial (2000) ha llamado la atención de que 1.200 millones de seres humanos viven con menos de 1 dólar de renta al día y más de 2.800 millones con menos de 2 dólares. Cada minuto, muere una mujer al dar a luz en el mundo y cada 2 segundos muere en el mundo un niño por causas perfectamente evitables (UNICEF, 1997). Casi una de cada cinco personas carecen de acceso al agua potable corriente. De cada 100 dólares que se dedi-

can en el mundo al año a gastos de consumo privado, 86 los consume el 20 por ciento de la población más rica del mundo, y el 20 por ciento más pobre tan sólo el 1.3. Y este mismo 20 por ciento más rico, acapara 74 de cada 100 líneas telefónicas, consume 84 folios de cada 100 que se producen y poseen 87 de cada 100 vehículos. Cien millones de niños en el mundo viven en la calle y casi 300 millones trabajan sin escolarizar, muchos de ellos en condiciones de semiesclavitud. Y, sin embargo, más de 150 millones de adultos en el mundo están en el paro o subempleados (PNUD, 2000).

Y estos datos se agravan aún más por la evolución y la distribución de la demografía. Según el Informe de Naciones Unidas de 2000 sobre el *Estado de la Población Mundial*, el mundo ha sobrepasado ya los 6.000 millones de personas, 3.000 millones más que en 1960. Es decir, que en apenas 40 años se ha doblado la población mundial. Incluso si imaginamos un escenario de crecimiento cero para la segunda mitad del próximo siglo, las estimaciones medias de la ONU arrojan una cifra próxima a los 9.000 millones de personas. Aproximadamente 8 de cada 10 personas vive hoy en zonas de subdesarrollo. Y mientras que los países que integran la UE presentan tasas de fecundidad del 1.4 en 1999, muchos países del Tercer Mundo, especialmente en Africa, conocen aún índices entre 4 y 5. En la actualidad, el 95 por ciento del crecimiento de la población en el mundo está teniendo lugar en los países no desarrollados.

En el otro extremo, la mortalidad ha caído en el conjunto de la UE: la esperanza de vida en los hombres ha aumentado de los 67.4 en 1960, a los 75 en 1.999; y en las mujeres, de los 72.9 en 1960, a los 81 en 1.999. Mientras tanto, en el Africa subsahariana es hoy de apenas 50 años, y puede bajar en los próximos años. De seguir estas pautas demográficas, las consecuencias serán evidentes. Desde el punto de vista de la demografía, el siglo XXI será el siglo del envejecimiento de la población. En 1960 el porcentaje de mayores de 65 años sobre el total de la pobla-

ción en la UE era del 10.6, hoy es del 16.4 y en el 2050 será del 29 por ciento (Eurostat, 1999 y ONU, 1999 y 2000). No es éste el momento de insistir en las consecuencias que, de mantenerse estas tendencias, tendrán sobre la sostenibilidad de nuestro sistema de bienestar (Abad, 2000). Y tampoco de las consecuencias que tendrán para el Sur. Porque ellos ni siquiera se plantean el problema del futuro del bienestar. Para el Tercer Mundo, su crecimiento demográfico sólo será equivalente al incremento de su pobreza.

Y, por esta vía, hemos llegado ya a la primera paradoja. Si la globalización es un asunto de «mercados» y de «empresas», entonces «globalizar» es igual a «dividir», «fragmentar» y «excluir». Para la globalización que estamos construyendo, o cambiamos de palabra, o cambiamos de dirección. Porque si hay algo que *no* estamos viviendo en nuestros días es una globalización entendida como la construcción de un proyecto global de convivencia que acoja e integre a todos los seres humanos sobre el planeta y a los seres humanos con el planeta. ¿Por qué hablamos de globalización en tiempos cuyos signos más reconocibles son precisamente la creciente exclusión social y económica de un número cada vez mayor de seres humanos, de países y de regiones enteras? ¿Podemos seguir hablando de globalización sin matices en un mundo caracterizado por las crecientes rivalidades interétnicas de una crueldad sin precedentes, por la proliferación de fronteras neoestatales, por la aparición de un orden político internacional que, más allá de las proclamas retóricas, se articula en torno a un único centro político cuyas decisiones se imponen al margen de una legislación universalmente aceptada? Un mundo así, no es precisamente un mundo «globalizado», sino «fragmentado». Por eso, cuando la idea de globalización pierde el rigor de las categorías científicas, se transforma en *ideología*. Y, como cualquier otra doctrina ideológica a lo largo de la historia, encubre, falsifica y justifica la perpetuación de un orden de cosas.

III. LAS FRONTERAS DE LA GLOBALIZACIÓN Y LA EXPLICACIÓN DE LOS FLUJOS MIGRATORIOS

Es precisamente en el terreno de la economía donde se perciben mejor estas contradicciones. Porque hablar de «economía global» no pasa de ser una simplificación y una falsificación de los hechos: en algunos mercados el proceso está avanzando a un ritmo imparable, pero en otros, lejos de caminar hacia la globalización, nos encontramos aún en etapas típicas del proteccionismo nacionalista. Con mucho, es en los mercados financieros en los que los procesos de liberalización e integración (que se supone que definen lo que queremos decir cuando hablamos de globalización económica) están avanzando a un mayor ritmo. Dos hechos marcaron históricamente este proceso. Por un lado, el hundimiento, a mediados de los setenta, del sistema de paridades fijas de las divisas, acuñado en los Acuerdos de Bretton Woods de 1944 y, por otro, las conocidas políticas liberalizadoras puestas en práctica por los gobiernos de Reagan y Thatcher en la década de los ochenta. Es sobre la base de esta liberalización de los cambios, potenciada después por las políticas liberalizadoras de Thatcher y Reagan, sobre lo que se asientan los inicios de la actual globalización de los mercados financieros.

Lo esencial en este terreno es destacar que el hundimiento del sistema de paridades fijas de Bretton Woods significó de hecho el comienzo de una nueva etapa histórica en la que el Sistema Monetario Internacional dejó de estar *regulado por los gobiernos*, para pasar a estar, casi enteramente, *regulado por los mercados*, es decir, *desregulado*. Es notable que, al menos en este terreno, la globalización financiera haya avanzado como consecuencia de un hecho paradójico: impulsada por iniciativas políticas de los gobiernos centrales orientadas, precisamente, a propiciar un retroceso en la iniciativa política de los Estados. Es así como, de hecho, nació la globalización financiera: como

consecuencia de iniciativas políticas destinadas precisamente a debilitar el papel político de los Estados y dejar la regulación de los mercados en manos de sí mismos. Es decir, a sustituir la regulación política por la desregulación. ¡Todo un aviso a quienes sostienen que la globalización se ha realizado al margen de las iniciativas estrictamente políticas o que necesariamente supone el final de la política! Bien al contrario. La globalización, que nació históricamente en los mercados financieros, fue fruto de decisiones políticas electivas y, por la misma razón, puede ser dirigida políticamente.

Algunos ya han advertido de que este descontrol en los movimientos financieros acabará haciendo imposible la fiscalidad estatal sobre los rendimientos de capital y, en consecuencia, vaticinan el final inevitable del Estado de Bienestar. Pero no existe nada de *inevitable* en estas tendencias. Del mismo modo que fueron medidas *políticas* las que dieron origen a este estado de cosas pueden, y deben ser, medidas *políticas* las que los gobiernen. Se han propuesto algunas, como la famosa «tasa Tobin», pero no es la única y probablemente, ni siquiera la más eficaz. Desde luego, no podrán ser medidas unilaterales. Hacen falta organismos internacionales con capacidad real de gobierno. Pero su creación y la definición de sus fines dependerá siempre de nuestra voluntad política. El empeño de sustraer la política del gobierno de la globalización no es más que la versión actual del «Estado mínimo» del capitalismo primero.

Aunque con menor intensidad que los flujos financieros, el comercio internacional ha crecido también muy significativamente en las últimas décadas. Desde 1948, en que se firman los Acuerdos del GATT, hasta 1998, es decir, en apenas 50 años, las exportaciones mundiales de mercancías han crecido a una tasa anual promedio del 6 por ciento, mientras que la tasa de crecimiento del PIB mundial fue sólo del 3.8 por ciento. O dicho en otros términos, el crecimiento del comercio mundial casi dobló al de la producción. Con todo, la historia de la liberalización del co-

mercio mundial dista mucho de haber sido completa y menos aún ejemplar. Ya desde el nacimiento del GATT y hasta la última Cumbre de Qatar de la ONC en febrero de 2002, el comercio agrícola ha sido, junto con el de algunos productos manufacturados como el textil, el gran perjudicado en los acuerdos liberalizadores. Este hecho ha sido especialmente lesivo, no habría que remarcarlo, para los países en desarrollo. La UE, cuyo sector agrícola ocupa apenas el 5% de su población activa y cuyo peso porcentual en relación al PIB es del 1.9%, desvía una formidable cantidad de fondos en subvenciones, con tal de no abrir totalmente sus fronteras agrícolas a países como Marruecos, cuyo sector agrícola representa el 16% de su PIB, o al conjunto del África subsahariana para la que representa el 18%.

Todo lo cual, no es obstáculo para que los españoles expresemos muy escasa comprensión a los esfuerzos de países como Marruecos por negociar mejoras jugando con los recursos que poseen, por ejemplo la pesca. Aspiramos al imposible de que los marroquíes abran sus aguas libremente a la flota comunitaria (es decir, española), pero acepten impasibles el cierre de fronteras a sus productos agrícolas o a sus excedentes de trabajo. No arriesgamos mucho si predecimos que, a menos que países como Marruecos obtengan de la UE en otros renglones (por ejemplo, precisamente en la agricultura y la pesca) los mismos beneficios que obtiene con las remesas de capital procedentes de sus emigrantes o con la deflación de la oferta de trabajo por la salida de esos mismos emigrantes, no colaborará con demasiado entusiasmo en el control de sus fronteras. En el marco de una globalización económica como la que les ofrecemos, ellos también persiguen legítimamente sus intereses.

Podemos seguir por algún tiempo mirando hacia otro lado, podemos detener el reloj de las negociaciones con el Sur, como ocurrió en la última Cumbre de Qatar, e hilar fino (excluyendo el hilo de la India, naturalmente) hasta conseguir que el Comisario Europeo de Agricultura logre «colar» a última hora la palabra «reducir» las ayudas PAC,

en lugar de «suprimir»; pero mientras la UE muy en particular, y los países desarrollados en general, se empeñen en cerrar fronteras a los únicos productos en los que los países en desarrollo podrían ser competitivos, no existirán muchas más alternativas: en su empeño por alcanzar algunos niveles de desarrollo, los países del Sur exportarán, según la expresión tan socorrida, «tomates o trabajadores». De forma acordada y ordenada, o de forma irregular.

No deja de ser sorprendente que sea precisamente en el mercado de trabajo donde los gobiernos nacionales sigan empeñados, más que en ningún otro, en «gobernar la globalización», en este caso no para «liberalizar», sino para restringir y proteger las fronteras. *«Los gobiernos han perdido el control sobre los capitales, pero controlan férreamente las fronteras a los trabajadores. Bien podemos decir que, entre todos los factores y recursos, el único que permanece verdaderamente «nacional» es el trabajo. Ignoramos completamente en qué país se invierte y cuantas fronteras atraviesa el dinero que invertimos en fondos, consumimos con despreocupación productos verdaderamente «globales» cuyos componentes intermedios han sido fabricados en los países más diversos, pero distinguimos nítidamente entre trabajadores «nacionales» y «extranjeros»... Así que, a diferencia del mercado de capitales, en el mercado de trabajo los gobiernos no liberalizan. Bien al contrario, protegen cada vez más sus economías. El mercado de trabajo permanece aun en etapas históricas típicas del proteccionismo, no de la liberalización.»* (Abad, 2000:62)

Esta verdadera contradicción lógica (aunque quizá no «política») de una globalización que por un lado exige la apertura de sus fronteras en unos terrenos con la misma fuerza con la que los cierra en otros; esta lógica perversa de la actual globalización es la que ha acabado por convertir las migraciones internacionales en una de sus expresiones más características. En nuestros días, *globalización* y *migraciones internacionales* no son fenómenos paralelos, sino intrínsecamente relacionados. En un mundo crecientemente globalizado y liberalizado, con medios de comu-

nicación y transportes cada vez más eficientes y baratos, las migraciones no podrán seguir siendo la excepción por mucho tiempo. También eso es globalización. Las migraciones internacionales son, por tanto, el resultado del tipo de globalización asimétrica, contradictoria e injusta que estamos construyendo. Una contradicción que se manifiesta tanto si la analizamos desde los países de origen, como desde los países de acogida.

a) Desde los países de origen

Por un lado, mientras la brecha que separa las estructuras demográficas y económicas entre el Norte y el Sur siga ensanchándose; mientras, como hemos visto, los excedentes de población sigan creciendo en el Sur al tiempo que se contraen en el Norte; mientras las condiciones de vida y consumo en muchas regiones del planeta sean cada día más insostenibles al mismo tiempo que crece una industrialización agresiva, un desarrollo depredador y un consumo conspicuo en el Norte, resulta grotesco y cínico seguir sosteniendo que es el reconocimiento de derechos civiles y sociales lo que provoca el «efecto llamada» tal como, por cierto, se nos ha querido hacer creer recientemente en España para endurecer una Ley de Extranjería que no ha detenido la inmigración, pero sí está incrementando la irregularidad.

Por otro lado, tal como supo ver Wallerstein (1974, 1980) hace ya varias décadas, la actual expansión del capitalismo global de la mano de las grandes multinacionales, está penetrando cada vez más en regiones periféricas en busca de tierras, materias primas, recursos naturales o mano de obra barata. Regiones enteras del planeta quedan definitivamente desconectadas de los circuitos mundiales (por ejemplo, en el África subsahariana), mientras un conjunto de países semiperiféricos (por ejemplo en América Latina, el Sudeste Asiático o África del Norte) se ven cada vez más afectados por la imparable penetración

de los mercados del capitalismo global. A partir de aquí, estos países comienzan a sufrir una serie concatenada de efectos cuya consecuencia final será la movilización geográfica de grandes excedentes de población. Sus sistemas de producción tradicionales destinados al consumo directo, son sustituidos por sistemas de producción mecanizados destinados a la producción de excedentes para los mercados mundiales. La agricultura se capitaliza, la productividad agrícola se incrementa y cae bruscamente la necesidad de mano de obra en el campo. Millones de agricultores son literalmente expulsados de sus tierras porque sus sistemas tradicionales de producción no pueden competir con los que imponen las grandes multinacionales. Esto no solo debilita las economías locales tradicionales, sino que provoca también una profunda desestructuración social en que se debilitan los lazos comunales, de parentesco y familiares, que hasta entonces anclaban a la gente a sus tierras.

Se crea, así, una gran masa de mano de obra excedente y desarraigada. Una parte de este excedente se dirige hacia las ciudades, donde las multinacionales establecen plantas de producción industrial intensivas en trabajo. Pero otra parte, se ve obligada a emigrar al extranjero. Por eso, mientras las multinacionales continúen penetrando en los países semiperiféricos, destruyendo sus economías locales, capitalizando sus sistemas de producción, y en particular su agricultura, en beneficio del Norte, destruyendo masivamente puestos de trabajo, y acabando con sus estructuras sociofamiliares tradicionales, el efecto inmediato será la intensificación de los flujos migratorios de los excedentes de población activa. Me pregunto, por ejemplo, si el incremento de la inmigración infantil al que estamos asistiendo no tiene mucho que ver con estos procesos de desestructuración de los lazos familiares tradicionales. Y me pregunto también si no podría ser visto como el correlato internacional en nuestros días, de lo que ocurrió con los niños en la Europa que iniciaba su industrialización desde mediados del XVIII y el XIX.

Mientras la sucesión de gobiernos locales corruptos más atentos a sus intereses personales (como ha sido el caso, por ejemplo, en Argentina), cuando no a los intereses de las economías centrales (como es el caso en muchas de las antiguas colonias gobernadas por élites locales nombradas al efecto por la metrópolis) siga sumergiendo en el caos sus economías nacionales, muchos trabajadores, y no precisamente los más pobres o los menos cualificados, buscarán mejorar sus proyectos de vida en el Norte.

Por último, mientras la imparable penetración de los medios de comunicación, especialmente los audiovisuales, siga ofreciendo imágenes de paraísos fascinantes de consumo en entornos donde se carece de casi todo, muchos seres humanos se sentirán irresistiblemente atraídos a participar de ello y aprovecharse de la creciente eficiencia de los medios de comunicación y transporte. Pero además, mientras continúe triunfando en paralelo un proceso de globalización no sólo económica, sino también cultural y de valores que legitima el logro frente a la adscripción, los intereses individuales por encima de los del grupo, la aspiración al consumo y el bienestar, la legitimación del éxito individual y, en definitiva, lo que Tocqueville denominó «pasión por la igualdad», muchos individuos sentirán que no pueden seguir por más tiempo confiando en los hipotéticos beneficios de la globalización y emprenderán su propia aventura individual. Hoffman-Nowotny ya llamó la atención sobre esto en 1990: *«A una con las distancias estructurales...la difusión de valores moviliza un potencial demográfico que, ante los escasos resultados hasta ahora conseguidos por los esfuerzos colectivos a favor del desarrollo, se ve literalmente forzado a emprender el camino de la movilidad individual a través de la emigración.»* (Hoffmann-Nowotny, 1994:173)

En un mundo crecientemente globalizado y con tecnologías de la información y el transporte cada vez más eficientes y más accesibles, es esta interdependencia entre condiciones estructurales de vida insoportablemente asimétricas, por un lado, y universalización de los valores de

éxito individual y de consumo, por otro, lo que está provocando movimientos migratorios masivos. Eso es también la globalización que construimos.

b) Desde los países de destino

Pero es un hecho que los actuales movimientos migratorios internacionales no pueden seguir explicándose apelando únicamente al agravamiento de los factores expulsivos en los países de origen. Existen también factores de atracción en el Norte, en función de los cuales nuestras economías se han hecho estructuralmente dependientes de la mano de obra inmigrante. Si no existiera una demanda real de trabajadores inmigrantes en los países desarrollados, podemos pronosticar que los flujos migratorios Sur/Norte no se producirían con la intensidad, la composición y la forma en que se están produciendo.

La previsión neoclásica según la cual las altas tasas de paro en países de destino desincentivarían la inmigración en la medida en que, al disminuir las expectativas de encontrar empleo aumentan de hecho los costes de movimiento, no se ha verificado en absoluto en las últimas décadas. No es este el momento de hacer un balance histórico de las migraciones internacionales en Europa que, desde finales de la Segunda Guerra Mundial hasta hoy, han atravesado, al menos, tres etapas bien distintas tanto por su significación económica, como por su percepción social y su regulación política. De ser considerados como un «*recurso necesario*» en los procesos de reconstrucción de Europa tras la Segunda Gran Guerra, los inmigrantes pasaron a ser vistos como un «*problema indeseable*» de orden público cuando la crisis del 73 disparó las tasas de paro nacionales. Para el conjunto de los países de la UE, la tasa de paro pasó del 2.7% en 1973, al 11.1 en 1994. Y, sin embargo, a lo largo de este tiempo, la inmigración a la UE procedente de países en desarrollo, no sólo no se detuvo, sino que aumentó. Y con el paro, se dis-

paró también la xenofobia. Es muy significativo que, durante mucho tiempo, en la agenda política de la UE, el tema de la inmigración cayera bajo la competencia del denominado grupo TREVI, formado por los ministros de justicia e interior del área Schengen. «*Grupo TREVI*»: de Terrorismo, Radicalismo, Extremismo y Violencia. En esta cesta se incluyó el problema de la inmigración. Y en el Tratado de Maastricht, la inmigración se incluyó en el Título V, Art. K1 y K2, junto al narcotráfico, el terrorismo o la prostitución. Junto a estos compañeros de viaje se contempló en la agenda política de la UE la inmigración, cuando en la etapa anterior los países competían entre sí para atraer el mayor número posible de inmigrantes. A los inmigrantes se les culpabilizó de los males que sufría Europa y, en particular, del paro. Aparecieron actitudes xenófobas que responsabilizaron a los inmigrantes de las consecuencias de la crisis y triunfaron partidos políticos claramente racistas.

No hemos superado, en modo alguno, este estado de alarma social, pero las cosas están empezando a cambiar desde mediados de los 90. En este cambio está teniendo mucho que ver la coyuntura económica, pero también el cambio de actitud en las políticas comunitarias sobre la materia. No es casual que sea en el Tratado de Amsterdam de 1999 cuando se empiezan a sentar las bases para este cambio de actitud. Si en Maastricht la inmigración permaneció en el llamado «tercer pilar» y, en consecuencia, su competencia permanecía en manos de los gobiernos miembros («vía intergubernamental»), en el de Amsterdam pasa ya al «primer pilar» («vía comunitaria»), con lo que comienza (con un plazo transitorio de cinco años) un proceso de comunitarización de la política de inmigración y asilo. Con todas las limitaciones que aún permanecen (Pajares, 2000), Amsterdam supone, sin duda, un paso adelante.

Sería oportuno preguntarse a qué obedece este cambio de actitud en la política comunitaria. No pretendo negar que, en parte, se deba a una avance en la conciencia del reconocimiento de los derechos de ciudadanía y al induda-

ble compromiso por avanzar hacia mayores cotas de integración también política y social. Lo sabremos en la redacción de la Constitución Europea. Pero es un hecho significativo que este cambio de actitud viene a coincidir históricamente con un cambio de ciclo económico ya a mediados de los noventa en que, a la expansión económica, se está uniendo el agravamiento de la implosión demográfica. Esto significa que algunos países y regiones de la UE vuelven a conocer prácticamente pleno empleo y, en consecuencia, vuelven a demandar mano de obra adicional que sólo podrá ser satisfecha mediante el recurso a la inmigración, esta vez, procedente del Tercer Mundo y de la Europa del Este. En la línea de los Acuerdos de Lisboa, no es impensable un escenario de pleno empleo a medio plazo en la UE. ¿Dejaremos entonces de necesitar inmigrantes?. La respuesta es que no. Bien al contrario, los necesitaremos más. Y no solo para cubrir puestos de trabajo de los que huyen los trabajadores nacionales, sino también, como ha reconocido la propia Comisión Europea, para mantener y garantizar nuestro actual sistema de pensiones.

Dicho en otros términos que, tanto en situaciones de paro como en ciclos de pleno empleo, parece que los mercados de trabajo de los países desarrollados y, en particular, de la UE se han hecho estructuralmente dependientes de la mano de obra extranjera. Como es sabido, el capital es un factor fijo en la función de producción, mientras que el trabajo es un elemento integrante de los costes variables. Dado el hecho de que una infrautilización del capital haría recaer los costes sobre los propios empresarios, la única respuesta económicamente «racional» para el empresario (aunque sea solo a corto plazo) será responder a las fluctuaciones de la demanda operando sobre los costes variables, es decir, contratando o despidiendo trabajadores. En realidad, y al contrario de lo que ocurriría con el capital, de lo que se trata es de transferir sobre los propios trabajadores los riesgos de las incertidumbres de los mercados. Pero hay un sector de trabajadores (especialmente en el terreno de la informática y las telecomunicaciones) que, por

la rápida emergencia de las tecnologías avanzadas y por el papel creciente que estas juegan en el crecimiento económico, son aún un bien escaso, incluso en los países desarrollados. A la vista de los elevados costes que se derivan de su formación, contratación y despido, la lógica de la gestión de este perfil de trabajadores puede asimilarse, en realidad, a la del capital. Pasan a formar parte del «capital humano» de la empresa y, en consecuencia, no es sobre ellos sobre los que las estrategias a corto de los empresarios pueden permitirse actuar para hacer frente a los ciclos o a las fluctuaciones de la demanda variable.

Es sobre el segmento secundario sobre el que los empresarios operan de forma inmediata para dar respuesta a las fluctuaciones de la demanda (Piore, 1971). En las sociedades desarrolladas, la estructura salarial no es, o no es solo, un reflejo especular de las condiciones de la oferta y la demanda. Es, sobre todo, una «construcción social» en función de la cual se supone que los niveles de la jerarquía ocupacional confieren status y prestigio social, y se supone que esta jerarquía debe verse reflejada en los salarios. La jerarquía ocupacional (desde los niveles más bajos hasta los más altos puestos de dirección) se construye socialmente y se consolida institucionalmente (por ejemplo, a través de la acción sindical o de la regulación contractual de las categorías profesionales). A partir de aquí, la atribución de los niveles salariales que corresponden a dichas categorías no está sujeta a los mecanismos libres del mercado y a la libre competencia de las partes, sino a las expectativas socialmente construidas e institucionalmente refrendadas.

En la medida en que el puesto de trabajo es un signo de status, las sociedades desarrolladas encontrarán dificultades crecientes a la hora de cubrir los puestos más bajos y de menor índice de deseabilidad social, que corresponden al mercado secundario. Los trabajadores nacionales huyen espontáneamente de ellos. En lógica ortodoxa, la única vía para cubrir este déficit sería la elevación de sus niveles salariales, de modo que lo hiciera atractivo para los trabaja-

dores nativos. Sin embargo, este mecanismo de ajuste de mercado es literalmente imposible. La asociación entre expectativas de status y atribución de salarios, tendría como consecuencia inmediata una elevación automática de los niveles salariales para los demás segmentos del mercado de trabajo. En consecuencia, los costes que se derivarían de la elevación de los salarios en los puestos más bajos, no se agotarían en ellos mismos, sino que tendrían consecuencias inmediatas de mucho más largo alcance, en toda la estructura laboral, que acabaría induciendo una escalada inflacionaria.

La única solución posible (e inevitable si queremos huir del riesgo de una inflación estructural), será encontrar una oferta de trabajadores que, o bien no asocien salarios y prestigio, o carezcan de expectativas de status o cuyo grupo de referencia no sean los trabajadores nacionales, sino mercados en los que, el simple hecho de trabajar, aunque sea en los niveles más bajos, sea ya percibido como algo que confiere prestigio. Es un hecho que los trabajadores inmigrantes cumplen casi a la perfección este perfil, al menos en una primera etapa migratoria. Los inmigrantes se ven a sí mismo como pertenecientes a su sociedad de origen, no a la de destino y, el simple hecho de llegar al país de acogida, encontrar trabajo, enviar remesas y regresar más o menos periódicamente con moneda fuerte y artículos de consumo que no están al alcance de sus compatriotas, les confiere ya un prestigio, cuya motivación falta para los trabajadores nativos. Incluso si los salarios son bajos y las condiciones de trabajo insoportables para los mercados de acogida, pueden ser vistos como un privilegio en el país de origen.

Por su parte, Adriana Marshall (1984) ha hecho ver que, en situaciones de mercado con exceso de oferta de trabajo, y, en consecuencia, altas tasas de paro, los neoinmigrantes no se distribuyen homogéneamente a lo largo del aparato productivo en proporciones análogas a los nacionales, sino que tienden a concentrarse en sectores, ramas o empresas muy sensibles a las fluctuaciones del ciclo, con alta elasti-

cidad de sustitución, altas tasas de precariedad y bajos salarios. Trabajos de los que huyen espontáneamente los nativos, pero que son esenciales para mantener el aparato productivo. Si la hipótesis es correcta, esto quiere decir que, a la regla de oro de la asignación de los inmigrantes a los puestos más bajos del mercado secundario, se le superpone otra: la sobrerrepresentación de trabajadores extranjeros en determinados sectores o actividades de la estructura de producción, tales como la recolección agrícola, el peonaje, el servicio doméstico, etc. Y, en efecto, cuando un nicho de mercado empieza a estar sobrerrepresentado por trabajadores inmigrantes, pasa automáticamente a ser socialmente estigmatizado como «trabajo inmigrante», del que tenderá a huir espontáneamente la fuerza de trabajo nacional.

Y es por esta razón por la que, bien en contra del tópico popular, los trabajadores inmigrantes, incluso en situaciones de acogida con exceso de oferta de trabajo y altas tasas de paro, no compiten con los trabajadores nacionales. Más aún, en la medida en que hay razones para suponer que, en determinadas ramas de la actividad económica, la sobreexplotación de los trabajadores inmigrantes permite, contra la lógica de la tendencia histórica, la pervivencia de empresas o actividades intensivas en trabajo, no en capital, los inmigrantes no solo no desplazan a los autóctonos, sino que acaban creando su propia demanda. Es decir, que incluso en mercados con exceso de oferta de trabajo y altas tasas de paro, la llegada de nuevos inmigrantes acaba produciendo un efecto paradójico de llamada. A determinados empresarios les resulta más rentable mantener la productividad a través de la sobreexplotación de los trabajadores, que a través de la innovación tecnológica y la inversión en capital.

Así que, mientras para sostener la productividad en determinados sectores, sigamos necesitando la sobreexplotación de mano de obra en condiciones inaceptables para los europeos, los trabajadores inmigrantes seguirán respondiendo a una demanda real de mano de obra y, con permi-

so de trabajo o sin él, seguirán llegando para cubrirla. Las mafias dedicadas al tráfico de inmigrantes, de las que tanto se habla estos días, existen, sin duda, y deben ser perseguidas más y más duramente. Pero quiero llamar enfáticamente la atención sobre dos hechos. Primero, que tales mafias no existirían con la intensidad y eficacia que las caracteriza, si no existiera también en los países de destino una demanda empresarial de mano de obra susceptible de ser sobreexplotada. Es decir, si no existieran *puentes* en los países de destino, que los gobiernos parecen incapaces de regular de otro modo. Segundo, que es precisamente esta incapacidad la que convierte a las mafias en un fácil recurso dialéctico en sus discursos vacilantes e incoherentes sobre la inmigración. Si los gobiernos se muestran incapaces de articular políticas migratorias realistas, será la sociedad civil (o «incivil») la que encontrará sus propias respuestas. No es sólo luchar contra las mafias lo que se espera de los gobiernos, sino también contra las causas que, dentro y fuera, hacen posible su proliferación casi impune.

Y, por último, mientras los países desarrollados sigan negándose por motivos de egoísmo político a corto plazo, a introducir un mínimo de equidad en las relaciones comerciales internacionales con el Sur, y, en particular a articular políticas equilibradas en el comercio agrícola que podrían contribuir más que ninguna otra medida al desarrollo efectivo del Tercer Mundo, los gobiernos de muchos países en desarrollo se sentirán legítimamente aliviados por el drenaje de una parte significativa de sus excedentes de población activa. Desde su perspectiva, la globalización no puede consistir en exigirles abrir sus fronteras a la penetración de la multinacionales, de los capitales y de los bienes que ellos no pueden producir y cerrar en cambio nuestras fronteras a sus productos agrícolas y a sus trabajadores. En su camino hacia el desarrollo, necesitan, desde luego el capital inversor procedente del Norte y necesitan comerciar libremente con el Norte. Pero no de cualquier forma ni en cualquier condición. No necesitan inversiones de capital extranjero cuya estrategia sea obte-

ner a corto plazo reflujos de beneficios hacia el Norte muy superiores al capital invertido en el Sur. Un capital que, por supuesto, huye despavorido a la menor señal de alarma económica o inestabilidad política, dejando tras de sí más paro y más desestructuración que cuando llegaron. De eso saben mucho la mayoría de las economías de América Latina.

Todos estos datos podrán disfrazarse o ignorarse, pero no por eso dejarán de tener efectos prácticos. Los inmigrantes seguirán llegando. La mayoría de ellos lo hará de forma clandestina porque, como es el caso en España, la Ley fija condiciones que hacen casi imposible en la práctica el acceso regular. Pero seguirán llegando. Y, una vez aquí, tratarán de regularizar su situación en algunos de los procesos de regularización masiva, que siempre son «los últimos». O a través de la utilización espúrea de la política de contingentes.

IV. MODELOS DE CONVIVENCIA INTERÉTNICA. EL ISLAM BAJO SOSPECHA

La cuestión ya no estriba en cómo *terminar* con la llegada de inmigrantes y menos aún en cómo expulsar a los que residen legalmente, aunque los Haider de turno obtengan rentabilidad política con este tipo de mensajes. Entre otras cosas, porque ya somos muy conscientes de que les necesitamos. Hoy la cuestión no radica ya en decidir si han de llegar o no, sino en «cómo», en «cuántos» e incluso en «quiénes» (¡otro problema este de «quiénes», sobre el que volveremos más adelante!); si lo harán de forma controlada y ordenada o de forma clandestina e irregular; si seguiremos actuando como si los flujos migratorios fueran simplemente una secuela indeseable de un proceso de globalización económica dirigido en beneficio propio, o empezaremos a considerarlos como expresiones que pertenecen a la naturaleza misma de las tendencias globalizadoras, en un mundo en movimiento acelerado. Solo si nos to-

mamos en serio el gobierno político de la globalización *en todas sus dimensiones*, podremos diseñar políticas coherentes y realistas en el terreno específico de las migraciones. No existen islas ni dominios aislados. Si queremos construir una globalización sostenible, equilibrada y coherente, se debe imponer una lógica «global», que alcance también al terreno de los flujos migratorios. No podemos, por ejemplo, seguir por mucho tiempo empeñados en «retirar la política» de los mercados financieros internacionales y, al mismo tiempo, introducir más política, pero más política restrictiva, a los movimientos internacionales de trabajadores. Si derribamos las fronteras nacionales en unos terrenos, no podemos «impermeabilizarlas» en otros. También la globalización tiene su propia lógica sistémica que, o bien gobernamos y dirigimos o, dejada a sí misma, a la mano invisible de los mercados, acabará imponiéndonos sus propias contradicciones. De nuevo Hoffmann-Nowotny: *«Si se toma en serio la doctrina liberal en su conjunto (sobre la que, por cierto, se sustentan los actuales procesos de globalización), no acaba de verse por qué el libre intercambio de los mercados internacionales sólo haya de aplicarse a los bienes, capitales y servicios, y no también al factor trabajo.»* (Hoffmann-Nowotny, 1994:174)

Las actuales políticas migratorias de la mayor parte de los mercados de la Unión son, como los espejos del Callejón del Gato, pantallas que nos devuelven las imágenes deformadas de una globalización contradictoria. Uno puede tener la tentación de «comprender» a los gobiernos porque, cuando hablamos de inmigración, de movimientos masivos de personas, esto afecta a zonas política y socialmente «sensibles». Pero es aquí donde las lógicas gubernamentales se muestran más incoherentes y dubitativas. Por un lado, sabemos que es demagógico e irresponsable proponer la apertura indiscriminada de fronteras. Entre otras cosas, porque los factores expulsivos que actúan en el Sur son tan formidables y existe tal desproporción entre su intensidad y nuestra razonable capacidad de acogida, que una apertura sin límites sólo contribuiría a reproducir

en el Norte las mismas condiciones de exclusión y miseria de las que vienen huyendo, sin que, en contrapartida, eso mejorara por sí solo y de forma sustancial las condiciones de vida en el Sur. Pero, por otro lado, es un hecho que los países desarrollados, y en especial la UE, necesitan trabajadores inmigrantes. *«Así que, si los gobiernos abren fronteras, caerá su popularidad, y si las cierran, se resentirán las economías, lo que a la larga, les hará también impopulares. Es decir, el clásico dilema del que los políticos tienden espontáneamente a huir»* (Abad, 2000:63) y que explica episodios como los que vivimos en España en el año 2000: ¡una única votación perdida en sede parlamentaria por el partido en el gobierno, un único ministro dimitido por desacuerdo sobre la materia con su gobierno y dos leyes del máximo rango (Leyes Orgánicas) sobre la misma materia, pero de signo contrario, aprobadas en un mismo año!

Y, sin temor a equivocarnos, podemos aventurar que no habrán terminado aquí los episodios. Porque mientras la regulación política sobre extranjería siga haciendo prácticamente imposible el ingreso legal en el país de destino, seguirán llegando irregulares. Mientras las leyes sigan siendo cicateras en el reconocimiento de sus derechos, mientras las políticas de integración sean ineficientes y los mecanismos de inspección y control de sus condiciones de trabajo claramente insuficientes (como revelan periódicamente acontecimientos como el accidente de Lorca y ocurre todos los días en tantas zonas de España), mientras la discriminación laboral por razones étnicas siga siendo la tónica en las prácticas empresariales (Martínez Veiga, 1997; Cachón, 1997, IOE, 1995; Solé, 1995, etc.), mientras todo eso ocurra, los inmigrantes no dejarán por eso de llegar. Solo se agravará su situación de marginación, explotación y gueto... con las consecuencias sociales que eso pueda acarrear también para nosotros. Pero seguirán llegando, porque el Norte no puede seguir por mucho tiempo encastillado en decir «no» a todo lo que pudiera contribuir al desarrollo del Sur y, simultáneamente, «sí» a lo que, directa o indirectamente, contribuya a incrementar su pro-

pia riqueza. En un mundo en globalización, esta estrategia es insostenible a largo plazo, entre otras cosas, porque acabará por afectarnos a nosotros mismos

Cuando se asiste a foros, no sólo académicos, en los que se debate sobre las causas que están intensificando los flujos migratorios «masivos» y las consecuencias (siempre apocalípticas) que acabará teniendo la perpetuación de dichos flujos, es casi inevitable escuchar, en algún momento, el discurso según el cual el mejor camino para «terminar con las migraciones» es lograr el desarrollo económico y social de los países de origen. No es sólo una respuesta «razonable» y tranquilizadora sino también, tan «políticamente correcta» que es el comodín al que acuden los políticos de turno responsables sobre la materia. Naturalmente, sin que eso sea contradictorio con el hecho de que esos mismos políticos hagan muy poco o nada por tomarse en serio esta propuesta. De hecho, la Ayuda Oficial al Desarrollo que destinan el conjunto de los países de la OCDE no sólo está muy lejos del umbral de 0.7% del PIB, sino que, en la última década, ha caído del 0.36%, al 0.24%. En la actualidad, la media de la UE se sitúa en el 0.31%, pero en España alcanzamos apenas el 0.23% en 1999. ¡Con estas cifras, aún parece un logro eminente el compromiso alcanzado en la Cumbre de Barcelona de llegar al 0.39%!

Pero, al margen de la contradicción flagrante entre las palabras y los hechos, personalmente siempre he encontrado ambivalente este discurso. En efecto, ¿Cómo no desear el desarrollo del Tercer Mundo, la erradicación de la pobreza y la generalización de las prestaciones del bienestar? La cuestión es que estas metas son deseables por sí mismas, no como instrumentos para que el Sur deje de molestarnos enviando sus excedentes de población. Y esta no es una postura de purismo moral casi esteta más propio de voluntarios de ONG que del realismo que se les supone a los gestores de la cosa pública. En absoluto. Es que sabemos que, a corto o a medio plazo, el camino hacia el desarrollo no sólo no frenará la emigración desde el Sur, sino que la incentivará, exactamente como ocurrió con no-

sotros en las primeras etapas de la industrialización. La globalización movilizará capitales, materias primas, recursos, mercancías y servicios; transnacionalizará las inversiones y los procesos de producción, ajustará sus ofertas a entornos étnico-culturales diferentes, enlazarán el mundo física y virtualmente y no es posible imaginar cómo podría realizarse un escenario como éste, sin movilizar también seres humanos. Una sociedad global será, por su propia lógica, una sociedad multiétnica, o no será.

En consecuencia, la floración de minorías étnicas de origen inmigrante en las sociedades desarrolladas y, en particular en Europa, es una tendencia que ya vivimos, pero a cuyo crecimiento acelerado asistiremos en las próximas décadas. Para bien o para mal, el mundo hacia el que caminamos será un mundo crecientemente globalizado, y étnica y culturalmente plural. No es el hecho lo que está en nuestra manos decidir, pero sí la dirección y el gobierno de los hechos. ¿Cómo construir, entonces, modelos de convivencia que combinen el deseo legítimo de inclusión universal, por un lado, y la vocación de permanencia de diferencias culturales identitarias, por otro? ¿Cómo evitar los riesgos, históricamente ciertos, de que el discurso del respeto a las diferencias derive en indiferencia, segregación y apartheid, al mismo tiempo que evitamos que las demandas de inclusión universal deriven en imposición cultural y precisamente por parte de quien «puede» hacerlo?. Sabemos bastante sobre cómo *no* lograr ese modelo de convivencia entre culturas diferentes que comparten un mismo espacio. Sabemos mucho de eso, por experiencia histórica. Pero hemos trabajado menos en el camino del reconocimiento de formas que *sí* puedan lograrlo. En estos días estamos viviendo una formidable polémica que tiene mucho que ver con la materia. Primero fue el libro del conocido politólogo Giovanni Sartori (2001), declarando a los inmigrantes islámicos no sólo «*extranjeros culturales, sino también abiertos y agresivos enemigos culturales (¡sic!)*» (Sartori, 2001:54). Vinieron después los criminales atentados del 11 de septiembre y, tras ellos, parece haberse extendido en

Occidente un clima islamofóbico, una sospecha radical contra los inmigrantes «musulmanes».

Entramos, así, en la pregunta sobre el «quienes» que formulábamos antes. Porque sabemos que necesitamos inmigrantes, pero no parece que todos los inmigrantes nos «sirvan» por igual. En otro lugar (Abad, 2002), he realizado una crítica más detenida a las posiciones contenidas en el libro de Sartori y a esta insostenible reacción islamofóbica. No es, por tanto, este el momento de reiterarlas, pero sí parece oportuno hacer referencia, al menos, a un par de cuestiones. En primer lugar, confieso que no acabo de ver claro el objetivo último que persigue el libro de Sartori (al que me refiero sólo porque lo tomo como expresión paradigmática de las corrientes de opinión que parecen estar imponiéndose). Para Sartori, el discurso multiculturalista no sólo no se deriva de los ideales europeos del pluralismo, sino que «*es la negación misma del pluralismo*» (pág. 32). Y lo es, porque el pluralismo afirma que el disenso en las «*políticas*» sólo es legítimo sobre la base de un consenso en los «*fundamentals*» (pág. 36). En cambio, el multiculturalismo, a fuerza de reconocer y respetar las diferencias culturales «*extranjeras*», a todas por igual para huir de la tentación etnocéntrica, separa las culturas, las segrega... y de ahí al apartheid ya no hay ningún paso. Porque el multiculturalismo «*crea*» diferencias donde antes no existían, las fabrica a fuerza de hacerlas «*visibles*». A diferencia de EEUU, una nación ya multicultural en sus orígenes, en Europa el multiculturalismo es algo fabricado artificialmente, algo «*de importación*», a partir de la «*la marea inmigratoria...que nos asedia (¡sic!)*».

Como en las *Disputatio* medievales, en la *mayor* se declara ferviente defensor del pluralismo y la tolerancia, en tanto que valores que han cimentado la conciencia y el modo de ser europeos. En la *menor*, declara al multiculturalismo «segregacionista», «aislacionista» y «relativista», lo que, traducido a modelos de convivencia social, conduce inevitablemente a la balcanización y el apartheid. Dadas estas premisas, la conclusión no puede ser otra que la con-

dena sin paliativos del multiculturalismo. Pero ¿hacia falta tanto esfuerzo para llegar a esta conclusión evidente? ¿Quién tiene tanto empeño en seguir descargando andanadas contra el multiculturalismo, como si fuera ese el *único* modelo de convivencia entre culturas diferentes? Toda esta algarabía, en la que han participado, entre otros, el presidente del Foro para la Inmigración tachando al multiculturalismo como «gangrena» y hasta el mismísimo presidente Aznar llamando «memos» a los que defienden el multiculturalismo, sólo puede entenderse si sabemos leer entre líneas. Si transmitimos subliminalmente el mensaje de que, en la construcción de una sociedad europea plural, solo es posible el modelo multicultural y sabemos que el multiculturalismo conduce al apartheid, entonces es la construcción misma de una convivencia plural con las minorías inmigrantes la que resulta imposible.

Rechazo rotundamente, como Sartori, el discurso multiculturalista pero, a diferencia de Sartori, eso no me conduce a la necesidad de declarar «*invisibles*» las diferencias culturales de las minorías inmigrantes, ni me lleva a dimitir de la necesidad de construir *otros* modelos de convivencia plural. Porque, además del multiculturalismo, existe la *interculturalidad*. Probablemente a diferencia de Aznar (no juzgo a Azurmendi), Sartori sí sabe perfectamente que existe el modelo intercultural. Lo sabe porque le dedica un párrafo demasiado breve, apenas página y media antes de terminar el libro. «*Conviene también precisar —añado— (y añado yo que lo añade demasiado tarde y como de pasada) que el pluralismo no se reconoce en unos descendientes multiculturalistas sino en todo caso en el interculturalismo... El multiculturalismo lleva a Bosnia, a la balcanización; es el interculturalismo el que lleva a Europa*» (pág. 128-9). Me identifico completamente con esta tesis. Y no de ahora. La interculturalidad y la educación intercultural como proyecto de convivencia entre culturas diferentes cuenta ya con una larga trayectoria. Por mi parte, la defendí y desarrollé hace ya tiempo (Abad, 1993) y hoy sigo considerándola como la única alternativa verdaderamente

fecunda en el terreno de las relaciones interétnicas. *Interculturalidad* y *multiculturalidad* no sólo no son lo mismo sino que son, literalmente, modelos opuestos. Pero entonces, si sabemos que existe una alternativa viable ¿por qué gastar tanto empeño en combatir el multiculturalismo... y tan poco en «pensar la interculturalidad», que es el único modelo verdaderamente integrador y respetuoso de las legítimas diferencias culturales?

La interculturalidad no deriva (como ocurre en la multiculturalidad) en el *e pluribus disiuntio*. Pero tampoco en la *coniuntio* indiferenciada (e impuesta) de la uniformidad. Deriva, más bien, en un proyecto de convivencia común entre diferentes, que quieren permanecer siendo diferentes, dialogando y enriqueciéndose mutuamente, sobre el terreno de juego de unos principios que solo son universales porque derivan de la naturaleza humana, más allá de las diferencias culturales. Si la interculturalidad es algo debe ser, ante todo, diálogo a plano de igualdad. Y no puede haber «diálogo» mas que si se dan dos condiciones. La primera, una buena educación intercultural que disuelva los prejuicios y aproxime actitudes. En segundo lugar, no puede haber diálogo entre diferentes más que si se parte de un marco de referentes axiológicos básicos universalmente aceptados, a partir de los cuales puedan después administrarse las diferencias. Sin ese marco de referentes, que no puede ser otro que el reconocimiento de los derechos humanos universales, el diálogo se convertirá en una sucesión de monólogos, en discursos paralelos sin puntos de encuentro. Partiendo de estos principios universalmente reconocidos y exigibles, las diferencias culturales se comprometen recíproca y activamente en alcanzar consensos que hagan posible la vida práctica compartida. A nadie se le exige que le gusten las costumbres y los valores de los otros. Sólo que esté lo suficientemente atento a ellos como para reconocer que pueden hacer aportaciones valiosas de cara a la construcción de esa «buena sociedad» que es el ideal que todos compartimos con Sartori.

La segunda cuestión que no puede quedar sin comentario, entre otras cosas porque reviste la máxima actualidad, es el insoportable tratamiento que ofrece Sartori de un colectivo especial de inmigrantes: los inmigrantes islámicos. En la medida en que «*la visión del mundo islámico es teocrática y no acepta la separación entre política y religión*» (pág. 53), los inmigrantes musulmanes son, para Sartori, no sólo «*extranjeros culturales, sino también **abiertos y agresivos enemigos culturales***» (pág. 54). Y puesto que no reconocen el título de ciudadanía «*optimo iure*» más que a quienes profesan su misma religión, son ellos mismos quienes nos la niegan a los demás. Por eso, los inmigrantes musulmanes son, para Sartori, literalmente «*inintegrables*» (pág. 114), se consideran «*enemigos culturales*» y contra su intolerancia chocan todos nuestros esfuerzos de integración.

Una conclusión, cuando menos, discutible, porque «*mal que le pese, existen muchos fieles musulmanes en Occidente que sí quieren integrarse y se encuentran perfectamente cómodos entre nosotros. Y desde luego, su problema no es que, en tanto que musulmanes, no nos reconozcan a nosotros los plenos derechos de ciudadanía. Es, más bien, que se quejan, y con razón, de que somos nosotros quienes no se los reconocemos a ellos.*» (Abad, 2002) Y no por ser musulmanes, sino por ser inmigrantes extranjeros. Naturalmente, también puede ocurrir (y ocurre) que a algunos de ellos no les interese dialogar y se nieguen a la integración y al ajuste recíproco. Sólo la candidez o la autculpabilidad puede considerar que «ellos» son siempre los buenos y nosotros, culpables por definición. También ellos pueden ser racistas y, de hecho, muchos lo son. Pero contra su racismo no hay otra salida que luchar como deberíamos luchar contra el nuestro. Y punto. Y este punto encierra muchas cosas. Por ejemplo, que la mejor forma de luchar contra su racismo es también la educación y el diálogo intercultural. Y, si no es suficiente, para eso está el Código Penal, pero no la negación de sus derechos, la sospecha continua, la marginación y la expulsión. No menos firmeza contra su racismo

que contra el nuestro, pero tampoco un trato discriminatorio por el hecho de que «al fin y al cabo, son extranjeros... y musulmanes».

Incluso aunque la visión que Sartori ofrece del Islam sea hoy la más extendida, no deja por eso de ser reduccionista y tópica. El Islam no es un credo uniforme. En su seno conviven interpretaciones muy diferentes de las enseñanzas del Profeta. Algunas, decididamente intolerantes, agresivas y estúpidas, si no fueran, además, criminales (y no miro solo a los talibanes, que han escrito una de las páginas más negras de opresión, dominación y desprecio hacia las mujeres, sino también a los orígenes ideológicos del «espíritu talibán», que se inspira en el wahhabismo imperante en un país «aliado de Occidente», como es Arabia Saudita). Pero, junto a estas, están empezando a cobrar fuerza, a abrirse tímidamente camino luchando contra la incomprensión y el silencio, interpretaciones mucho más modernas y liberadoras del credo islámico. Corrientes de teología que pretenden enlazar con los textos del Corán y los *suras* que pertenecen a la primera época de las enseñanzas del Profeta, antes de su huida a Medina. En ellos, se prohíbe el infanticidio femenino, se limita la poligamia y el repudio, se reconoce el derecho de la mujer a la propiedad y la educación y se exige su consentimiento para el matrimonio. Y fueron *suras* dirigidos a sociedades patriarcales donde todo eso se practicaba sistemáticamente y enlazaba con tradiciones preislámicas ancestrales. En aquel contexto, fueron un mensaje de liberación de la mujer. Cada vez son más las corrientes que pretenden enlazar y profundizar con ese espíritu liberador de los orígenes del credo islámico. Son más, pero menos comprendidas, promocionadas y apoyadas no solo por los dólares saudíes (que, en buena parte, sí financiaron las armas talibanes), sino tampoco por Occidente que, además de haber financiado también las armas talibanes, parece sentirse más cómodo permaneciendo entre los tópicos. Por ejemplo, el que asocia de manera casi automática la mutilación genital femenina con el Islam. Pero la ablación del clítoris ni

nace con el Islam, ni es coextensivo con él, ni encuentra en el Corán el más mínimo apoyo. No es en el integrista teológico donde encontramos la diferencia entre el Islam de Arabia Saudí y el de los talibanes del anterior Afganistan. En lo que se refiere, por ejemplo, a la consideración hacia la mujer, las diferencias solo son de grado, no sustanciales. Pero a los príncipes saudíes les sentamos en nuestra mesa y les abrimos generosamente puertas a sus inversiones, aunque vengan acompañados de una flota de aviones para transportar sus harenes. En cambio, a los talibanes les perseguimos hasta la última gruta de una de las regiones más pobres del planeta... provocando, de paso, miles de víctimas inocentes. Si, en lo que se refiere a la vulneración de los derechos fundamentales de las mujeres, es más lo que les une que lo que les separa, ¿qué les diferencia, entonces? Desde luego, iniciativas criminales como las del 11 de septiembre, lo cual no solo es mucho, sino más de lo que puede soportarse sin una respuesta proporcionada. Pero también algo más «prosaico»: que, mientras Arabia Saudí nos abre sus pozos de petróleo (naturalmente, al precio suficiente como para financiar a sus élites una vida de lujo en medio de un desierto de miseria para millones de árabes y musulmanes en otras regiones del planeta), los talibanes se han opuesto ferozmente a la construcción de un oleoducto que nos permita el acceso al petróleo del Asia Central y que habría de pasar necesariamente por Afganistán.

Por supuesto, el Islam tiene aún un largo camino que recorrer, y nadie puede hacerlo por ellos, porque no todos sus males proceden de Occidente. Pero si Occidente estuviera realmente interesado en tender puentes en lugar de levantar muros (y, de paso, construir oleoductos), avanzaríamos más por el camino del apoyo a los esfuerzos, tímidos pero reales que existen entre ellos, de modernización del credo islámico. No achaquemos al Islam interpretaciones absurdas de su doctrina. Instituciones como la *sharía* o la *yihad*, tal como hoy se entienden y practican en demasiados países y regiones islámicas, son interpretaciones «históricas» cuyo origen está más en el

subdesarrollo, el atraso cultural, la desesperación y la reacción frente a Occidente, que en la teología islámica, sometida, más aún que la católica, a interpretaciones no sólo divergentes, sino contradictorias. No sigamos achacando al «Islam» interpretaciones teológicas espúreas que tienen su origen unas veces en condiciones socioeconómicas insoportables, otras, en la estupidez fanática de grupos minoritarios (de los que nosotros tampoco estamos libres), otras, en el interés de sus élites gobernantes (entre las que incluyo no sólo a personajes como Sadam, sino también a las monarquías del Golfo) por seguir disfrutando de sus privilegios al tiempo que tiranizan a sus pueblos y otras, en fin, en una reacción antioccidental muchas veces justificada: porque asistimos impasibles al genocidio palestino, pero nos preocupa mucho el «restablecimiento del derecho internacional» tras la invasión de Kuwait, por ejemplo. No es casual, y debiera decirnos mucho, que en uno de sus mensajes, Bin Laden pretendiera «justificar» sus crímenes apelando a la responsabilidad cómplice de Occidente en el tratamiento no menos criminal que recibe el pueblo palestino. ¿Qué tienen que ver los llamamientos de Bin Laden a la «guerra santa», con el verdadero espíritu de la *yihad* que, incluso en su expresión, *«es una mala traducción de una palabra que significa «esfuerzo» y que se refiere muchas veces a la guerra del hombre contra sí mismo, contra todo aquello que hay en él contrario a Dios, no contra los otros creyentes que, en el Corán, son profundamente respetados. Cuando la religiosidad musulmana se siente agredida, es cuando ese esfuerzo puede convertirse en guerra. Y esa agresión, la han sentido muchas veces los musulmanes en su relación con Occidente»* (CCJ, 2001:6)?

En cambio, el Islam sí ha ofrecido al mundo no sólo manifestaciones culturales espléndidas, sino también interpretaciones sublimes de la mística que, como el sufismo medieval, son perfectamente homologables a las más altas cotas de la espiritualidad mística occidental. La cultura musulmana tiene aún, efectivamente, un largo camino que recorrer en la consolidación de principios y valores que res-

peten y garanticen los derechos humanos universalmente exigibles. Es responsabilidad suya el hacerlo y Occidente tiene derecho a exigirlo. Pero el mejor camino no es la imposición, el rechazo o la confrontación, sino la cooperación, el diálogo entre culturas y el apoyo a quienes ya lo están intentando, al mismo tiempo que cortamos el apoyo no sólo a dictadores «enemigos», sino también a aquellos dictadores que, no por ser «aliados», son menos integristas. Puestos a evitar el célebre «choque de civilizaciones», a largo plazo estos últimos son enemigos más eficaces que los primeros. También Occidente tiene la obligación de hacer el mismo esfuerzo que les pide a ellos: una interpretación más «secular» de algunas de sus manifestaciones político-religiosas más agresivas e intolerantes: detrás de ellas no está el Islam, sino una interpretación del Islam que deriva de estructuras socioeconómicas que la favorecen y de un juego de relaciones internacionales en el que Occidente utiliza a unos y desprecia a otros.

Si queremos construir una convivencia respetuosa, pacífica y enriquecedora con el Islam, no parece el mejor camino comenzar por declarar a los inmigrantes musulmanes «*inintegrables*» e «*intolerantes*». Avanzaríamos más si, en lugar de mezclar y confundir a todas las ramas del credo islámico, comenzáramos distinguiendo aquellas opciones intolerantes e integristas, que efectivamente existen y existen con toda su amenaza, de otras formas del credo musulmán con las que, no sólo en teoría, sino en la práctica, Occidente ha podido establecer puentes. Más aún, avanzaríamos más si, en lugar de tranquilizar nuestras conciencias con el recurso fácil (aunque necesario y legítimo) de condenar el integrismo de algunas ramas islamistas, analizáramos las fuentes en las que se alimenta. «*Y ahí, quizá Occidente tuviera que asumir su cuota de responsabilidad. Porque queda por decidir si es una interpretación radical del credo islámico lo que conduce al integrismo que, a su vez, conduce al «odio a lo occidental»; o es más bien el «odio a lo occidental», que nace de condiciones de vida insoportables para grandes masas de población islámica y en*

cuyo origen ven ellos no sólo a Occidente sino también a sus élites gobernantes que actúan como satélites al servicio de intereses occidentales, lo que les lleva a una interpretación agresiva, desesperada y absurda (si no fuera, además, criminal) del credo islámico. O si no será una mutua retroalimentación de ambas cosas. Harían falta menos «bombas inteligentes» y más inteligencia para gestionar nuestras relaciones con el mundo islámico.» «Si Occidente contribuyera más eficazmente a los procesos de desarrollo y modernización de los países islámicos, si dejáramos de distinguir entre dictadores aliados y dictadores hostiles y destináramos más esfuerzos a combatir las élites corruptas, a fomentar regímenes democráticos, a extender a toda la población los beneficios derivados de los recursos naturales que poseen; si animáramos a los movimientos que propugnan una interpretación moderna y liberadora (también para la mujer) del credo islámico, en lugar de ignorarles, mezclarles y estigmatizarles a todos por igual, quizá entonces necesitaríamos invertir menos recursos en «barrer integristas» y llevarnos «colateralmente» por delante miles de víctimas inocentes. Quizá entonces el tan manido «choque de civilizaciones» mostraría su verdadero rostro y sus raíces. Quizá cayeran entonces muchos velos «impuestos» y los que permanecieran dejarían de simbolizar una opresión de género y servirían únicamente para transmitir libremente al mundo el orgullo de sus tradiciones culturales» (Abad, 2002). En eso consiste entrar en la vía intercultural.

BIBLIOGRAFÍA

- ABAD, Luis V. (1993): «La educación intercultural como propuesta de integración social». En L. V. Abad, A. Izquierdo y A. Cucó: *Inmigración, Pluralismo y Tolerancia*. Madrid, Ed. Popular.
- ABAD, Luis V. (2000): «Globalización, demografía y migraciones internacionales». En *Sociedad y Utopía. Revista de Ciencias Sociales*, n.º 16, págs. 57-70.

- ABAD, Luis V. (2002): «Globalización, migraciones e interculturalidad». En *TEMAS*, monográfico sobre *La sociedad intercultural*. Abril.
- ALBROW, M. (1996): *The Global Age*. Cambridge, Polity Press.
- BANCO MUNDIAL (2000): *En el umbral del siglo XXI. Informe sobre el desarrollo mundial 1999-2000. Y Informe sobre el desarrollo mundial 2000-2001: la lucha contra la pobreza*.
- BECK, U. (1998): *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Barcelona, Paidós.
- CACHÓN, L. (1997): «Segregación sectorial de los inmigrantes en el mercado de trabajo en España». *Cuadernos de Relaciones Laborales*, n.º 10, págs. 49-73.
- CALVO BUEZAS, T. (1990): *¿España racista?*. Barcelona, Anthropos.
- CASTELLS, M. (1998): *La era de la información. Vol. 2: El poder de la identidad*. Madrid, Alianza Ed.
- COLECTIVO IOE (1995): *Discriminación contra trabajadores marroquíes en el acceso al trabajo*. Ginebra, OIT.
- CUADERNOS CRISTIANISME I JUSTICIA (2001): *Islam y Occidente*. Barcelona, Fundación L. Espinal
- DE LA DEHESA, G. (2000): *Comprender la globalización*. Madrid, Alianza Ed.
- EUROSTAT (1999): *Demographic Statistics. Data 1960-1999*.
- HOFFMANN-NOWOTY, H. J. (1994): «Oportunidades y riesgos de las sociedades multiculturales de inmigración». En «La inmigración en España: expectativas y recelos», *Revista del Instituto de Estudios Económicos*. 1994:167-183.
- MARSHALL, A. (1984): «Los trabajadores inmigrados y el mercado de trabajo». En *Revista Internacional de Ciencias Sociales*. UNESCO, vol. XXXVI, n.º 3:531-550.
- MARTÍNEZ VEIGA, U. (1997): *La integración social de los inmigrantes extranjeros en España*. Madrid, Trotta.
- ONU (2000): *Estado de la población mundial*. Nueva York.
- ONU (1999): *World Population Prospects: The 1998 Revision*. Nueva York.
- PAJARES, M. (2000): *Inmigración y ciudadanía europea. La Inmigración y el Asilo en los años dos mil*. Madrid, MTAS.
- PIORE, M. (1971): «The dual labor market: theory and implications». En D. M. Gordon (ed.) *Problems in Political Economy: An Urban Perspective*, Lexington, DC Heath.
- PNUD (1999): *Informe de desarrollo humano, 1999 y 2000*.

- ROBERTSON, R. (1992): *Globalization: Social Theory and Global Culture*. Londres, Sage.
- SARTORI, G. (2001): *La sociedad multiétnica. Pluralismo, multiculturalismo y extranjeros*. Madrid, Taurus.
- SOLÉ, C. (1995): *Discriminación racial en el mercado de trabajo*. Madrid, CES.
- SUÁREZ, A. S. (2001): *Nueva Economía y nueva Sociedad. Los grandes desafíos del siglo XXI*. Madrid, Prentice Hall.
- UNICEF (1997): *Annual Report, 1997*.
- WALLERSTEIN, I. (1974): *The Modern World System I: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World Economy in the Sixteenth Century*, New York, Academic Press.
- WALLERSTEIN, I. (1980): *The Modern World System II: Mercantilism and the Consolidation of the European World-Economy, 1600-1750*, New York, Academic Press.